

De democracias fundadas en el olvido

Waldo López Blanco (México)*

Título original: *Democracia em vertigem*.

Año: 2019.

Duración: 113 minutos.

País: Brasil.

Dirección: Petra Costa.

Guion: Petra Costa, Carol Pires, David Barker y Moara Passoni.

Música: Vitor Araújo, Rodrigo Leão, Gilberto Monte y Lucas Santtana.

Fotografía: João Atala.

Reperto: Dilma Rousseff, Luiz Inácio Lula da Silva, Michel Temer, Eduardo Cunha y Jair Bolsonaro.

Productora: Busca Vida Filmes. Distribuida por Netflix.

“Durante el gobierno militar todo era mucho mejor que ahora” (Costa 2019, 46:16), afirma, ufano, frente a la cámara, uno de los manifestantes a favor de que Dilma Rousseff sea destituida de la presidencia de Brasil, por medio de un juicio político o *impeachment* —lo cual finalmente ocurrió en agosto de 2016—; por la edad que aparenta, es difícil creer que haya vivido con uso de razón esa época de gobierno.

Es una de las escenas del documental *Al filo de la democracia*, de la cineasta y actriz brasileña Petra Costa (nacida en Belo Horizonte en 1983). Son suficientes unos cuantos segundos de testimonios callejeros para impactar, generar preocupación o conducir a la reflexión a cualquier demócrata del continente.

* Maestrando en Derecho Electoral. Comisionado suplente de Transparencia Municipal Puebla. Ex consejero electoral distrital y municipal. nandudunan77@hotmail.com.

¿En qué momento o a causa de qué circunstancias algunos ciudadanos se inclinan por formas autoritarias de gobierno?, ¿cuál es el proceso que los lleva a desestimar o, peor aun, a rechazar de manera furibunda el sistema democrático?

Las respuestas a esas interrogantes, o bien la dotación de elementos para que el espectador formule sus propias contestaciones, se encuentran en los 121 minutos de la obra de Costa, que ha recibido distintos reconocimientos, como la nominación en la categoría a mejor documental de los Premios Óscar 2020.

Con un ritmo adecuado, la realizadora brasileña da cuenta de los acontecimientos político-electorales y sociales más importantes de la historia reciente del gigante sudamericano, los cuales mezcla en forma precisa con su historia personal, con referencias a su biografía, que no se sienten innecesarias ni son propias de un afán protagonístico; al contrario, abonan a la construcción del relato. Las anécdotas, cavilaciones y minucias de la directora, así como de su madre, retratan en gran medida la evolución (e involuciones) de la democracia brasileña y los modos en que las han experimentado por lo menos tres generaciones de verdeamarelas.

Lo anterior constituye uno de los aciertos del filme, pues demuestra la marcada influencia que las elecciones colectivas y la política ejercen en prácticamente todos los ámbitos de la vida cotidiana, en el devenir histórico de una sociedad, sin importar que muchos miembros de esta lo nieguen, no lo noten o sean indiferentes u hostiles ante ello.

Democracia em vertigem (el título en portugués) tiene como punto de partida el 7 de abril de 2018, cuando se concretó el arresto del ex presidente brasileño Luis Inácio *Lula* da Silva, quien gobernó de 2003 a 2011 la quinta nación más grande del orbe y alcanzó el sobresaliente porcentaje de aprobación ciudadana de 87 %; la detención se realizó a las afueras de una abarrotada sede del Sindicato de Metalúrgicos de ABC —esta organización laboral proyectó la carrera política de Lula, obrero sin títulos

académicos que en su cuarto intento arribó al Palácio do Planalto (Palacio del Altiplano), asiento del Poder Ejecutivo federal brasileño—.

Se observa a varios partidarios de Da Silva gritando, rodeando el inmueble, pidiendo a los agentes policiacos que no se lo lleven. Finalmente, caída la noche, logran sacarlo del recinto por una puerta trasera. ¿Cómo pasó eso?, ¿cómo es posible que un expresidente tan popular, con amplias posibilidades de reelegirse en 2018, que en algún momento representó la consolidación de la democracia brasileña, la cual se volvió ejemplo para el resto del mundo, terminara así?

Costa disipa esas dudas, al sumergir a la audiencia en un vertiginoso viaje (no es casualidad que *vertigem* significa “vértigo”, “mareo”) por la dictadura militar brasileña, que duró 21 años (1964-1985); los movimientos opositores en ese periodo autoritario; el retorno de la democracia; algunos fragmentos de las cuatro campañas presidenciales de Lula; el ascenso al poder de la izquierda (gracias al triunfo del obrero metalúrgico); los logros, pendientes y errores de los gobiernos de Da Silva y de su sucesora, y camarada, Dilma Rousseff; la destitución congresual de esta, y las acusaciones penales en contra de quien llegara a ser admirado incluso por el ex presidente estadounidense Barack Obama.

Para ello, la también realizadora de *Elena* —un trabajo de 2012 acerca de su hermana fallecida— utiliza entrevistas (bien dosificadas); fragmentos de la cobertura noticiosa del *impeachment* contra Rousseff, de las investigaciones contra Lula y de las asambleas decisorias del juicio político anti-Dilma celebradas en ambas cámaras del Poder Legislativo brasileño, así como material propio, en campo, de las protestas de los dos grandes bandos en los que se dividió, desde 2016 (quizá desde antes), la sociedad de ese país sudamericano.

La mirada de Costa es lo más objetiva posible, pues no presenta propaganda, a pesar de su preferencia por la ideología de izquierda —heredada de sus padres, decididos militantes y activistas contra la dictadura, de la cual recibieron persecución y torturas—. La cineasta exhibe y cuestiona

las alianzas del Partido del Trabajo, instituto político de Lula y Dilma, con personajes, organizaciones y partidos representantes de las élites locales, o bien de dudosa honorabilidad.

El documental no incluye la salida de Da Silva de prisión, en noviembre de 2019. Por otro lado, sí plasma la llegada a la presidencia, en ese mismo año, de Jair Bolsonaro, un exmilitar de derecha que ha confesado su admiración por diversos personajes de la época dictatorial y que, además, ha asumido actitudes poco o nada democráticas, otorgándole trato de enemigos —no de adversarios o de conciudadanos— a políticos opositores e integrantes de colectivos feministas, ambientalistas y de la diversidad sexual.

En virtud de esto, Petra Costa se pregunta, entre angustiada y nostálgica, si el futuro de su nación es en verdad el pasado, la reedición de un ayer sombrío, sin libertades, un despertar abrupto del sueño efímero que fue su democracia.

Ahora bien, volviendo a uno de los asuntos torales de *Al filo de la democracia*, la destitución de Dilma Rousseff, acusada de irregularidades en la contabilidad de las finanzas públicas, Costa realiza un encomiable tratamiento de ello, pues no se erige en abogada defensora de la primera presidenta brasileña, pero sí lleva a cabo, sin aspavientos o manipulaciones, el juicio del juicio, es decir, una revisión del *impeachment*, el cual termina revelándose, en el mejor de los casos, como endeble, infundado; en el peor, como un golpe de Estado disfrazado de institucionalidad. Golpe orquestado y dado por hombres blancos, por políticos y empresarios imputados o hasta detenidos por actos mucho más graves que los atribuidos a Rousseff. Hombres que en 2017 fueron condescendientes con Michel Temer, sucesor de Dilma, negándose a tramitar en su contra un juicio político por corrupción, a pesar de haber más evidencias que en el episodio de la exmandataria.

Gracias a lo señalado en el párrafo precedente, sumado al conjunto de escenas que acreditan que el proceso penal en contra de Lula también fue

manejado según intereses extralegales —pues hasta hoy sigue sin aparecer la probanza irrefutable de que sea propietario, directo o vía testaferreros, del departamento que, aseguran, recibió como soborno por parte de una empresa—, el documental se constituye en una pertinente selección de alertas, recordatorios o consejos para cuidar la democracia, sobre todo en países latinoamericanos, entre los que se incluye a México, pues, por desgracia, presentan determinadas características o condiciones similares al caso brasileño; no obstante, también hay algunos aspectos en los que, una vez realizada la respectiva comparación, se produce saldo positivo para la normatividad mexicana, en cuanto a la regulación e instituciones electorales mexicanas.

Respecto a lo anterior, la directora hace hincapié en lo nocivo de la politización de la justicia y de la judicialización de la política; en lo dañino que es para la salud democrática de una nación no limitar adecuadamente el financiamiento privado de las campañas electorales, pues se incentiva una relación perversa entre el poder económico y el poder político (atención a dos escenas: la de las placas colocadas en la residencia presidencial o Palacio de Alvorada, en honor a empresas constructoras; la otra, de la conversación entre un empresario y un político); en la necesidad de regular, sin atentar contra la libertad de expresión, la innegable influencia de los medios de comunicación en la política y en el imaginario colectivo; en la urgencia de acabar con las *fake news* y los linchamientos mediáticos, y en la obligación de los gobernantes, a dejar de rehuir, de politizar a la ciudadanía, de convencerla —con resultados concretos— de las bondades de la democracia, para que mujeres y hombres hagan suya esa forma de gobierno y, por ende, no la descuiden ni permitan que se coloque al filo del abismo, a merced de algún individuo o grupo dispuesto a darle el empujón final.

En cuanto a los avances electorales o institucionales mexicanos, ausentes en tierras brasileñas, se pueden mencionar la especialización de la función comicial (no existen allá adaptaciones correctas del Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación o del Instituto Nacional Electoral

[INE]); el fortalecimiento (a pesar de las reticencias o bloqueos de diversos actores políticos) de la autonomía y la profesionalización de los órganos administrativos y jurisdiccionales de la materia; el sistema penal acusatorio adversarial, no inquisitorio (Lula recibió sentencia del que también fue fiscal de su caso, es decir, fue juez y parte); una interpretación jurisdiccional más garantista o protectora de derechos humanos (Da Silva es condenado a perder sus prerrogativas cívicas sin existir una sentencia definitiva y firme en su contra); la prevalencia del financiamiento público de las actividades político-electorales sobre el privado; una fiscalización cada vez más estricta y sumaria de los recursos partidistas, y el acceso a los medios de comunicación, por parte de los contendientes, únicamente por medio del administrador exclusivo de los tiempos para propaganda en radio y televisión, el INE.

De regreso a una de las alertas prodemocracia más importantes que otorga el documental de la también graduada de la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres, esto es, evitar la politización o vaciamiento de la justicia, es conveniente comentar que *Al filo de la democracia* desnuda sin tapujos la obsolescencia o inutilidad actual de los juicios políticos, los cuales son juicios solo en la teoría o porque su denominación así lo indica, pero no porque se merezcan llamar así, pues en realidad son espectáculos que banalizan la política, son escenificaciones públicas de negociaciones, forcejeos, rencillas personales y golpeteos realizados en las sombras. El mal uso de una herramienta proporcionada por la Constitución y la democracia, empleada para atentar en contra de estas, siempre será condenable.

Como complemento de lo anterior, en otro acierto de la cámara de Costa, después de un recorrido por la majestuosidad del Palacio de Alvorada, muestra a dos empleadas de la casa residencial brasileña limpiando la alfombra de las elegantes escaleras, poco después de que Dilma Rousseff es destituida de manera definitiva por el Senado. A pesar de que una de ellas enuncia —palabras más, palabras menos—, que todos los políticos

son deshonestos, en una exhibición más de la sabiduría popular siempre latente, también manifiesta que no cree que haya sido democrático ni acertado el proceso en contra de la exmandataria, pues no se le permitió a la ciudadanía expresar su opinión al respecto mediante una votación. Se trata de un contundente llamado a terminar con los juicios políticos e impulsar otra figura, apoyada por quien suscribe: la revocación del mandato.

Así, esta pieza audiovisual es indudablemente recomendable, es un catálogo de advertencias antiautoritarias, idóneas para prevenir el desencadenamiento de crisis político-sociales que desemboquen en situaciones peores a las que causen dichas crisis. También se trata de un punzante y atractivo compendio de ciencia política, sociología e historia de la nación brasileña. Además, es un *thriller* policiaco, de traiciones, egos y prejuicios, escrito a conveniencia desde las más altas y sórdidas esferas del poder. Igualmente, es una antología de retratos colectivos, en los que se conjugan esperanza con frustración, alegrías con tristezas, triunfos con derrotas, revolución libertaria con restauración conservadora, amor con odio.

Por último, Costa, al ver descubierta la fragilidad del sistema político de su país, al confirmar que muchos añejos agravios sociales siguen sin ser reparados y que varios resabios autoritarios subsisten, lanza en su narración una muy inquietante aseveración, acompañada de imágenes de brutal represión: “Nuestra democracia se fundó sobre el olvido” (Costa 2019, 67:09). Inquietante, porque lleva a preguntarse en qué se fundó la democracia mexicana, qué tan fuertes son sus cimientos.

Fuente consultada

Costa, Petra. 2019, Dir. *Democracia em vertigem* [Al filo de la democracia]. [Documental] Busca Vida Filmes.